

EL PADRE COBOS.

Periodico Humoristico i de Caricaturas.

SE PUBLICA EL SABADO DE CADA SEMANA.

AÑO II.

SANTIAGO, FEBRERO 5 DE 1876

NÚM. 37.

EL PADRE COBOS.

SANTIAGO, SÁBADO 5 DE FEBRERO DE 1876.

CONCEPCION I DON ANIBAL PINTO.

Contradicen la desprestigiadora reseña que don Benjamin Vicuña Mackenna hace del banquete ofrecido en Concepcion al señor Pinto i publicada en el *Ferrocarril*, las siguientes palabras del redactor del mismo diario:

«El nuevo intendente (el señor don Aníbal Pinto) disfrutaba de un prestígio incontestable en la provincia que se le llamaba a conducir (Concepcion.) Su carácter discreto i tranquilo, su urbanidad i su moderación, que siempre le habían alejado de las intemperancias del hombre de partido, eran una garantía para todo el mundo.»

Léase ahora el siguiente aparte de la reseña de don Benjamin:

«El banquete a Pinto fué un solemne fiasco; completaron número con mas de cien empleados de las provincias vecinas. Don Aníbal leyó su brindis: nadie se puso de pie ni le vivió cuando empezó a leer; fué aquello un silencio que nadie interrumpió. Concluida la lectura, una cuarta parte de los asistentes le aplaudiría; el resto guardó silencio.»

Después de leer estos dos párrafos uno no encuentra a quién dar la palma: si al candidato de los pueblos por sus estúpidas mentiras i su redondo mentis con que regala al redactor del *Ferrocarril*; o si al redactor del *Ferrocarril* por su estoica paciencia para consentir que un intruso diga en su hoja que cuanto el redactor ha dicho en su folleto *Los candidatos en candelero*, cuyo es el primer aparte que trascrivo, es una mentira mayor que el San Cristóbal.

El hombre que para don Justo Arteaga Alemparte disfrutaba de un prestígio incontestable, siendo aquél intendente de Concepcion, es para don Benjamin Vicuña Mackenna un sujeto tan sin prestígio en esa ciudad que, cuando sus amigos políticos le ofrecen un banquete tienen que completar número con mas de cien empleados de las provincias vecinas.

Es hasta donde puede llegar la desvergüenza del candidato popular!

I es también hasta donde puede llegar el espíritu de mercantilismo del *Ferrocarril*!

Pero ocuparse en estas cosas es dar a don Benjamin, sus embustes i patrañas una importancia que en sí no tienen.

Diga don Benjamin cuanto en mientes se le venga, que éste es el único placer que acaso experimente en medio del dolor que le habrán de causar el desbande i deserción de sus mejores partidarios. I tenga además la sola seguridad de que no será de nadie creído, pues nadie se atreverá a disputarle su merecida fama de embustero i calumniador.

El señor Pinto, mui a su despecho, ha sido recibido en Concepcion como se recibe a un querido benefactor, i no como se recibe a una comparsa de titiriteros, que es la recepción que quita el sueño al popular.

En Concepcion el señor Pinto contaba con numerosos amigos que se han apresurado a darle la bienvenida, i luego después proclamarlo futuro presidente de la república.

Concepcion, como todas las provincias situadas allende el Lontué, son acreedoras a don Aníbal Pinto del mas importante de sus elementos de prosperidad —el ferrocarril.

Así, pues, aun en el supuesto que este caballero no hubiera tenido amigos adquiridos durante el tiempo que fué intendente de dicha provincia, habriáselos conquistado desde su sillón de diputado cuando pedia al congreso la aprobación del proyecto de prolongación hasta Angol de la línea ferrea del sur.

Si servicios de tamaña trascendencia no son un título para captarse sinceros i decididos amigos, tendríe que verme obligado a creer que lo son la petulancia, el descreimiento, la fanfarronería.

Pero, no! El sentido común solo es fruta rara entre vieñistas i cléricales. La mayoría del país, la gran mayoría cree i creerá siempre que testimonios de simpatía i adhesión como los de que ha sido objeto el señor Pinto en la ciudad que baña el Bío-Bío son la verdadera expresión del aprecio i de la gratitud.

**

AUN NO ES TIEMPO.

A riesgo de herir muchas susceptibilidades, voi a ocu-

parme hoi en un asunto que, si tiene sus pelos, es de la tente actualidad; i como, si el asunto pelos tiene, no los tengo yo en la lengua, soltaré la sin hueso, pese a quien pese i sin mas allá ni mas acá.

Hace años ya, pues cosa nueva no es, que nuestra clase obrera pretende un sillón del Congreso para uno de sus miembros. La pretensión no es insignificante, como quiera que un diputado o un senador es todo un facedor de leyes.

Pero no me extraña pretensión de tal magnitud. Ni como habría de extrañarme cuando un Benjamin Vicuña Mackenna ha tenido la no chica de ser presidente de la nación! Mas, libreme Dios de confundir las mezquinas pretensiones de este ambicioso sin freno con las mui inocentes de nuestros artesanos. Digo inocentes porque no quiero creer, como muchos temerarios lo creen, que los dignos obreros de Chile deseen ocupar un asiento en la Cámara por oírse nombrar el señor diputado don Fulano, el señor diputado don Mengano. Yo creo simplemente que la clase obrera trabaja por tener un representante en el Cuerpo Legislativo para que haya ahí un defensor de sus intereses, uno que abogue por su bienestar, alguien que ensanche los horizontes de su porvenir.

Sin embargo, el caso no es tener en el Congreso un diputado salido de los talleres de nuestros artesanos para que se esté allí mui arrellanado en su curul *mirando* las palabras mas o menos elocuentes, mas o menos ilustrativas de sus concodigas los lejisladores de la patria.

El caso es que la clase obrera de Chile tenga uno o mas representantes que vayan al Congreso, no a ser espectadores de piedra en las discusiones que en el templo de las leyes tengan lugar, sino a llevar su contingente de luz i de saber a sus compañeros de lejislación.

Pasó el tiempo en que solo lejislaban los justos. Hoy dia el lejislador necesita ser, a mas de justo, sabio.

¿Cuál de nuestros artesanos —i nadie de mis palabras se ofenda—puede ir a ocupar dignamente un sillón en el Congreso? ¿Cuál de ellos podría tomar parte en una cuestión económica? ¿Cuál de ellos sería capaz de ilustrar un debate político, internacional? ¿Cuál de ellos se atrevería a tomar la palabra en un asunto de codificación?

Ninguno.

Luego ¿qué importaría para la clase obrera un diputado salido de su seno? Nada mas que un voto.

Se tratará de llevar al Congreso Representativo una veintena de artesanos i se hiciéran las votaciones en esa asamblea por medio del voto acumulativo, al fin, pase! Pero consideren por un momento los obreros chilenos que, por mas esfuerzos que hagan, nunca conseguirán sacar mas de dos diputados; diputados que solo tomarán la palabra para decir *sí* o *nó*, cuando se trate de votar.

Se cita a los Estados Unidos. En la gran república, se dice, no solo han tenido entrada a los cuerpos lejislativos los artesanos, sino que han llegado a ocupar hasta los puestos mas eminentes, como ser el de la presidencia de la nación.

Cierto, diré yo a mi turno. Pero en Estados Unidos el artesano se instruye, se educa, estudia siempre, i por eso es muchas veces llamado a desempeñar cargos públicos de importancia. En Chile—triste es decirlo!—no tenemos artesanos con otra instrucción que la deficiente que se da en las escuelas primarias.

Con esa instrucción, por mas caudal de honradez i buen criterio que se tenga, no se puede pretender ocupar un puesto en una asamblea lejislativa.

Se me objetará que muchos diputados han i ha habido que, como Macario Ossa, por ejemplo, no saben leer ni escribir correctamente i que si se sientan en un sillón del Congreso es debido a su oro, o, con mas propiedad, al oro de la sacristía.

No diré que la objeción es falsa. I bien! Porque en una semientera de trigo aparece aquí i allá la cizaña, el alfilerillo, la hualputa i deberemos al año siguiente sembrar solo las semillas de estas malezas i no la del productivo i suculento cereal?

Los diputados ceros en las cámaras son como las malezas en los sembrados: solo sirven para enredar los debates i malestar el terreno de la discusión.

Quiere, con todo, decir lo que dicho llevo que el artesano chileno debe de perder toda esperanza de representar alguna vez en el congreso de su patria al gremio industrial?

De ninguna manera. I no a la larga, sino mui pronto verá convertido en hecho lo que hoi debe halagar su fantasía como una risueña ilusión. De diez años a esta parte, el artesano chileno ha cambiado hasta el punto de no ser reconocido ni aun por sus mismos padres. Sus hábitos se han mejorado notablemente, sus costumbres tienden a nivelarse con las de las clases acomodadas; asiste al teatro

al club, a la escuela; lee i piensa; tiene sed de instrucción i abre los ojos de su inteligencia a la luz de la ciencia, que hasta hace poco le negara la sociedad avasallada por el clericalismo.

Hoy todo demuestra que el artesano tiene aspiraciones mas dignas i elevadas que sus predecesores. Hasta sus mismas pretensiones están probando que quiere subir un tramo i otro tramo en la escala social. Ha despertado de su letárgico sueño, del paroxismo de su postracion, i al encontrarse en el último peldaño de la escalera, ha intentado subir a saltos con tanta mayor ligereza cuanto largo fué el tiempo de su inacción. Así, de los hábitos de economía i honradez, uno de los peldaños de la escalera a que ha conseguido subir, pretendió saltar al de los puestos públicos, dejando en medio el de la instrucción.

El artesano chileno está mostrando un empeño, si no mayor, igual al de los favorecidos de la fortuna, en dar sólida i vasta instrucción a sus hijos. Muchos de éstos ya pueden presentar un diploma de médico, o de ingeniero o de abogado. Con ese diploma i la necesaria versación en las cuestiones de interés público, los hijos del artesano no serán llamados a ocupar, sin haber menester de ir a solicitarlo por favor, un puesto distinguido en los cargos públicos.

Confórmese con su situación el obrero chileno; trabaje sin descanso por hacerse cada dia mas i mas digno del aprecio de la sociedad; dé una acabada educación a sus hijos, i dia llegará en que éstos, ya que no él, sean un motivo de orgullo para Chile llevando al Congreso una palabra que sea luz i justicia, i un voto que signifique convicción e ilustrado juicio.

Lo demás es —valiéndome de una expresión vulgar— querer correr ántes de saber gatear.

Hombre del porvenir, el artesano chileno no debe pretender ver realizadas sus aspiraciones en el presente. Los egoistas trabajan para hoy i para si. Los hombres de progreso i que verdaderamente aman a su patria trabajan para las generaciones que están por venir.

MIS INDIRECTAS.

¡CUIDADO CON EL POPULAR!

Todos sabemos que el *popular* no es presidente de la república, como saben la razón i el buen sentido que no lo será, que no lo podrá ser, por la mui sencilla razón de que el *popular* no tiene siquiera la figura de la gente que es de costumbre llevar a los puestos públicos; sin embargo, al popular ni mas ni menos que a Calancha se le ha metido en el majín que es, no digo presidente, sino autocrata, i comienza a apoderarse de los bienes ajenos con el desenfado propio de un señor de vidas i haciendas. (Malos hábitos los del *popular*!)

Uno de estos días, el miércoles si mal no recuerdo, se creyó dueño del diario *Ferrocarril* i lo notificó así a los lectores de ese diario con estas palabras:

«Habiéndose desmentido el hecho falso, que hicimos circular, de haber salido para Colchagua los cazadores enviados por Aconcagua para ir a resguardar intereses chilenos, detenidos por autoridades argentinas, al otro lado de los Andes, cumplimos con el deber de rectificar esa noticia (que no sirvió sino para convencernos de haber perdido por completo nuestro crédito en el público) en esta sección de NUESTRO diario, etc.»

¿Qué sería bueno, para el alter ego de don Juan Pablo, el orijinal inventor de los mundos, cuando leyó inserto en el diario de su patron que don Benjamin se adueñaba con unas cuantas plamadas de ese diario confiado a su custodia?

Lo menos que podía hacer fué lo que hizo en el número del jueves: dar el mas bochornoso mentis a la bárbara aseveración del *popular* de ser suyo el *Ferrocarril*, con lo cual lo ha dejado en descubierto de querer apropiarse, por asalto, de un objeto ajeno contra la voluntad de su dueño.

Ved, pueblos de Chile, qué clase de cáscara es don Benjamin, el pretendiente de la presidencia del Estado.

**

DON EDUARDO DE LA BARRA.

Allá en tiempos de cuando don Joaquín Pérez era presidente de la república, don Eduardo de la Barra era empleado ministerial i desempeñaba la jefatura de una sección del ministerio a plena satisfacción de su jefe, a quien en mas de una ocasión se lo oyó decir: «Este don Eduardo es un magnífico empleado, hábil i de ejemplares costumbres; solo que su puritanismo liberal lo lleva hasta la exageración. No hace misterio de su odio profundo a clérigos i cléricales nuestros aliados de hoy, lo que me vale serias advertencias de esos gansos políticos que sin saberlo, están preparando la inauguración de la nueva era de libertad en que mas tarde o mas temprano entrará el país.»

Efectivamente don Eduardo no hacia misterio de sus principios i doctrinas que al fin por su voluntad o sin su volun-

FEBRERO 5

EL PADRE COBOS.

tad, se le vió por ellas un dia dejar los salones de la Moneda. Don Eduardo entonces ingresó con armas i bagajes al centro de sus queridos correligionarios los radicales i en él continuó hasta que el célebre Vicuña se ofreció a los pueblos como el hijo mimado de don Federico i la mas preciosa joya del radicalismo i con ese doble embuste embaucó a mediodía Chile i lo hizo partidario suyo.

Mas, sucedió que don Federico le negara la paternidad porque don Federico no pudo convencerse de que fuera hijo suyo un farsante de su calaña. Entonces don Benjamin renegó de su presunto padre i le calumnió i le infamó en toda la estension de la república. Le llamó interventor descarado, que pretendía imponer a los pueblos su voluntad designando para presidente de la república a otro que a él, i pintó con los mas feos colores i gritó en todos los tonos contra una intervención que suponía en ejercicio i en detrimento de sus humildes pretensiones.

Por desgracia, algunos buenos ciudadanos fueron sorprendidos por tanta alharaca i tuvieron la liviandad de creer que el energuménico Vicuña había sorprendido el secreto de la supuesta intervención i a fuer de buen patriota batallaba contra el funesto precedente.

El señor de la Barra fué uno de los que se vió enredado en la trama; pero como para dicha de don Eduardo la naturaleza le dotara de sagacidad i pureza de principios intransigentes, pronto descubrió el pastel; porque sin mayor esfuerzo penetró, con la perspicacia de su talento, hasta los rincones mas ocultos donde guardaba el popular sus perfidias i su desenfrenada ambición.

Don Eduardo entonces le abandonó, como otros de su temple le abandonaron, guardando un compasivo silencio i hasta concediéndole un jeneroso perdón por su engaño; pero el popular, que cada dia se va haciendo mas tonto, intentó parar la ruina que esa separación habría de causarle en la estimación de sus demás embauados, deprimiendo la honorable persona del señor de la Barra.

El sus satélites de la prensa, cual perros rabiosos se ensañaron en su contra calumniándole, i fué entonces cuando el señor de la Barra, en custodia de su honra, descubrió la burda lona que ocultaba la verdadera figura de Vicuña i sus *a latores* a la vista de los chilenos.

Ved, pues, ciudadanos, el retrato a pluma i a grandes rasgos que esos píllines de lei, sus gratuitos detractores, hace el señor de la Barra:

«Los pocos liberales i radicales tonsurados que acompañan al señor Vicuña Mackenna (habla el señor de la Barra), no han podido mirar con ojo sereno, la lección de consecuencia en los principios i de completo desinteres personal que les ha dado, mal que les pese.

«Impotentes para rebatir las razones que espuse al separarme de ellos, apelan a la calumnia a fin de desautorizar mi palabra, que siquiera tiene el prestigio de la honradez i la sinceridad.

«En Santiago i Valparaíso se fraguan telegramas en contra mia, que publican i comentan a su modo los diarios de provincia i reproduce la *Patria*, a manera de los cerdos gauzanos que se alimentan de su propio escremento.»

La mugrienta *Patria*, escarnio i vergüenza de la prensa nacional, es la mas ensañada contra el señor de la Barra en quien supuso mezquinos móviles para esplicar su separación del vicuñismo sin hacer caso de la esplicación de esos móviles hecha franca i llanamente por ese señor. Es cuestión de estómago lo que produjo, mas que toda otra causa, su retiro del campo vicuñista: los clérigos siempre provocaron náuseas a de la Barra i así fué que cuando por una puerta veía introducirse a los clérigos, él se escapaba por la opuesta.

«Para tapar su propia inconsecuencia, los *rojos-sacristanes* del señor Vicuña (continúa de la Barra) quisieron enturbiar la opinión pública respecto a los móviles desinteresados que me obligaron a apartarme a toda prisa de sus filas contaminadas, i que ya no conseguirán purificar por mas que hagan. Por eso propalan que *me he pasado al gobierno*, ellos, eternos pasadizos, i tránsfugas de los principios, proclamados a grandes voces para buscarse popularidad i olvidados i echados a la espalda, siempre que se los aconseja alguna conveniencia personal. Mas de uno entre ellos, de qué no ha hecho granjería!

«Me han provocado cobardemente, i he callado, sintiendo por ellos mas lástima que desprecio; pero, toda paciencia tiene su límite, i llega mi turno de hablar.

«Veamos, seores chismosos de baja ralea, cuál de mis actos, cuál de mis palabras les autoriza a ustedes a decir que me ha pasado al gobierno. Si tienen pruebas, exhibáulas, si no las tienen, ¿por qué me acusan?

«Entre confundirme obligándome a callar, o callar ustedes i quedar convencidos de calumnia, no hai 'por qué trepidar! Hablen ustedes, seores. Desafío al partido entero, de capitán a paje, seguro que el partido entero se reforzará en su impotencia, como víbora pisada, i tendrá que condenarse a la vergüenza del silencio.

«El país no olvidará que quien hace un cesto hace ciento. I si la base de la moralidad es la verdad ¿cómo quieren ser juzgados los convictos de calumnia? Respondan ustedes mismos.

«¿Se aguardará lealtad de ustedes? ¿Se creerá lo que digan? ¿Se confiarán los destinos nacionales a los *embusteros públicos*?

«Vamos, valientes detractores de la honra ajena, hablen ustedes, exhiban las pruebas que les pido, demuestren que no han sido contaminados con las virtudes cléricales, o carguen con las consecuencias de sus indecorosos manejos.

«Señores rojos-sacristanes, ¿creen ustedes que el fin justifica los medios? »

Hasta ahora creía yo ser el único que conocía a Vicuña i comparsa con sus pelos i señales, pero veo que don Eduardo se hallaba a mayor altura en ese conocimiento.

«Ciudadanos? mucho cuidado! Os amenaza la langosta; antes de mucho la vereis pasar por vuestros campos. Si invaden vuestros cercados, fuego con ella.

Ojo i oreja a la advertencia. Patriota noble i sincero, el señor de la Barra hace a los chilenos el inestimable servicio de señalarles los mortales enemigos de su honra i de su bienestar.

Concluye el señor de la Barra:

«Deseo sinceramente el bien de mi país i no puedo cooperar a su ruina; sirvo a la libertad, i de consiguiente no podía contribuir ni en lo mas mínimo al triunfo de los dependientes del Vaticano i el Gesu, enemigos declarados de la

ivilización moderna; sin mas lei que el *Syllabus*, afronta del siglo, ni aspiración mas marcada que la de constituir naciones independientes en feudos de la Iglesia, i a los pueblos en manadas de ovejas i carneros, sometidos ciegamente al capricho de sus pastores.

«Tal ha sido mi conducta, lógica i sin tacha ante mi conciencia, libre de egoísmo, exenta de ambiciones personales.

«Hablen ahora de inconsecuencia, los que sin respetar ningun principio, sacrifican todo a la realización de sus planes ambiciosos.»

¡QUE SAGACIDAD!

Un Vicuña que come i bebe en la mesa del presupuesto decía a su cara mitad, palmeándole en un carillo:

—Pichona mia, ¿te figuraste alguna vez ser la cuñada de un presidente?

—Jamas pues, siendo la mujer de un tabaquero.

—No te dé cuidado, que pronto seré ministro.

—Del tabaco?

—Nó, mujer, ministro del tesoro.

—Aí! qué bueno: i tendré lindos vestidos i tendré coches i lacayos i me llamarán la ministra del tesoro; aí! aí!... i yo manejaré siempre la llave de la caja, palomo mio?

—Los dos, los dos.

—Quejé! quejé!... Yo quiero manejarla sola, jí, jí, jí!

—Pero si la caja estará en la Moneda.

—Pues tráela a casa.

—Bien pensado, así lo haré i nos estaremos siempre juntos contando el dinero.

—Así, así me gusta. Manda pues por ella.

—Aguarda que Benjamin sea presidente.

—Bah! ¿quién espera tanto?

—Cómo! solo unos cuantos meses.

—Si se me figura no lo ha de ser en este siglo.

—Qué cosas tienes, mujer.

—De que las tengo no hai duda como tengo de ser cuñada de presidente, ministra del tesoro i tengo de tener coche i caballos i palafrenes i todo lo que tienen las ministras, i tengo de tenerlo, pues ya me lo ofreciste i desgraciado de tí si no lo tengo, me lo has de dar i si no me lo das, caramba!... capaz soi de... jí, jí, jí!...

—Bueno hija, lo tendrás, lo tendrás; no llores.

SEGUNDA SALIDA DE DON QUIJOTE

—Apréstate, Sancho amigo:

—Limpia tus armas i escudo.

—¿Acaso, amo, pensar pudo

De nuevo ir tras su enemigo?

—No hurgues mi alto pensamiento,

Que no es de buen siervo a fé!

—Pues, si a donde va no sé,

Me quedo con mi jumento.

—¡Pese a tal! qué redomado

I qué malicioso estas!

I si lo sabes, ¿vendrás

Tras de mí?

—Por decontado.

—Escucha.

—Soy todo orejas

—La empresa es harto arriesgada.

—¿I cuándo hemos hecho nada

Sin esponer las pellejas?

—No interrumpas mi discurso.

Tú morir de hambre no quieres,

Ningunos son mis haberes

I ninguno es tu recurso.

Miéndras tú, gran holgazán,

Te has estado divirtiendo

I manducando i bebiendo

Con mas de un pelafustan

En apartado suburbio,

Yo pasaba—esto no es raro—

Las noches de claro en claro,

Los días de turbio en turbio,

Pensando con amargura

I de amor el alma frita

En la que el sueño me quita,

En misia Candidatura.

Ya habrás tenido ocasión

De saber que esa señora

Cautiva se halla en mal hora

Por el monstruo Intervencion.

I ¡voto al valiente Cid!

Aunque el peligro es inmenso,

Yo disputársela pienso

En buena i singular lid!

I para que el monstruo cuantos

Golpes dirija a mi peto

Yerre, llevo un amuleto

I llevo huesos de santos.

—Mas no creo que, si vamos

A emprender esa conquista,

Cuando el hambre nos asista

Solo esos huesos *royamos*.

—Si eso no mas te embaraza,
Si eso te aflije no mas,
Consuélate, que tendrás
Bien llena tu calabaza.

—Si así es i si con holgura
He de beber i pranzar,
Vamos pronto a rescatar
A esa misia Caldadura.

I pienso que corazon
Para ver tengo bastante
A mi vista ese gigante
Que usia llama Invencion.

—Candidatura, decir,
E Intervencion, has querido,
Pero el tiempo hemos perdido
I menester es partir.

—A caballo! i adelante!
Que ya estalla mi occipucio
Por verte sobre tu Rucio
I yo sobre Rocinante.

EL MEETING RENQUINO.

Mucha animacion, mucho movimiento se notaba el domingo pasado en la quintita del ciudadano Machuca, situada en la heroica, denodada e ilustre Renca.

La ciudad de las frutillas i del ponche en leche debía ser ese dia teatro de un maravilloso espectáculo. Por eso es que tanta prisa se daba Machuca en preparar el escenario a los actores de la farsa política que algunos cómicos de la legua del vicuñismo i del clericalismo iban a representar en la alegre villa.

Machuca, ayudado de dos campesinos improvisaba una ramada que pudiera *cobijar a cien bestias*, como él decía.

—Compadre, decía Machuca a un guaso, vaya a segar un poco de alfalfa a la huerta para techar la casa.

—¿Qué no traerán animales, compadre?

—Viene muchos, compadre.

—Entonces, no les ponga alfalfa, porque se la comerán. Póngales *cijuta* mejor.

—No hai cuidado. Si ya me dieron unos diez pesos para que los recibiera con helados, corderos asados, ponche torrido i del otro.

—I para todo eso le dieron solo diez pesos, compadre?

—Ni una lágrima mas.

—Bueno cosa de hombres *agarrados*!

I el guaso se fué a segar cicuta a la huerta volviendo poco momentos despues perdido todo el bulto bajo un enorme atado de la venenosa planta.

Mientras Machuca techaba, su compadre se dedicaba a otra ocupación mas agradable. Digo, se puso a *golpear* el ponche, *echando un taco* entre golpe i golpe.

En la cocina se asaban dos borregas, que estaban *fuertes* ciertas ya i despedían un olorillo no muy agradable.

A medio dia empezó a llegar la caravana vicuñista-clerical.

Un chino gordo i feo llevaba una bota calzada en el pie derecho, i en el izquierdo un botín de cuero.

Los santiaguinos que llegaron a la ramada de Machuca no bajaron de cuarenta ni subieron de cincuenta. En cambio todos eran gente *graneada* i buena para el ponche i la zamacuca de *pata en quincha*.

Entre los mas caracterizados se contaban:

Francisco Prado Aldunate, el negociante en calificaciones. Es fama que en estos trabajos don Francisco hace lo que aquel conocido lego agustino que, cuando le preguntaban para quién pedía limosna, respondía: «Yo pido para Nuestra Señora de la Estrella, la mitad para mí i la mitad para ella.»

Dos hermanos de éste, aprendices de pillo político. Su educación está a cargo del mismo don Francisco Prado.

¿Cómo saldrán esas cáscaras!

Marcolin Paz, el mulon factotum de don Benjamin.

Carlitos Garfias, el desgraciado redactor del *Pueblo*, llamado por sus correligionarios políticos *Josecito debajo del mate*.

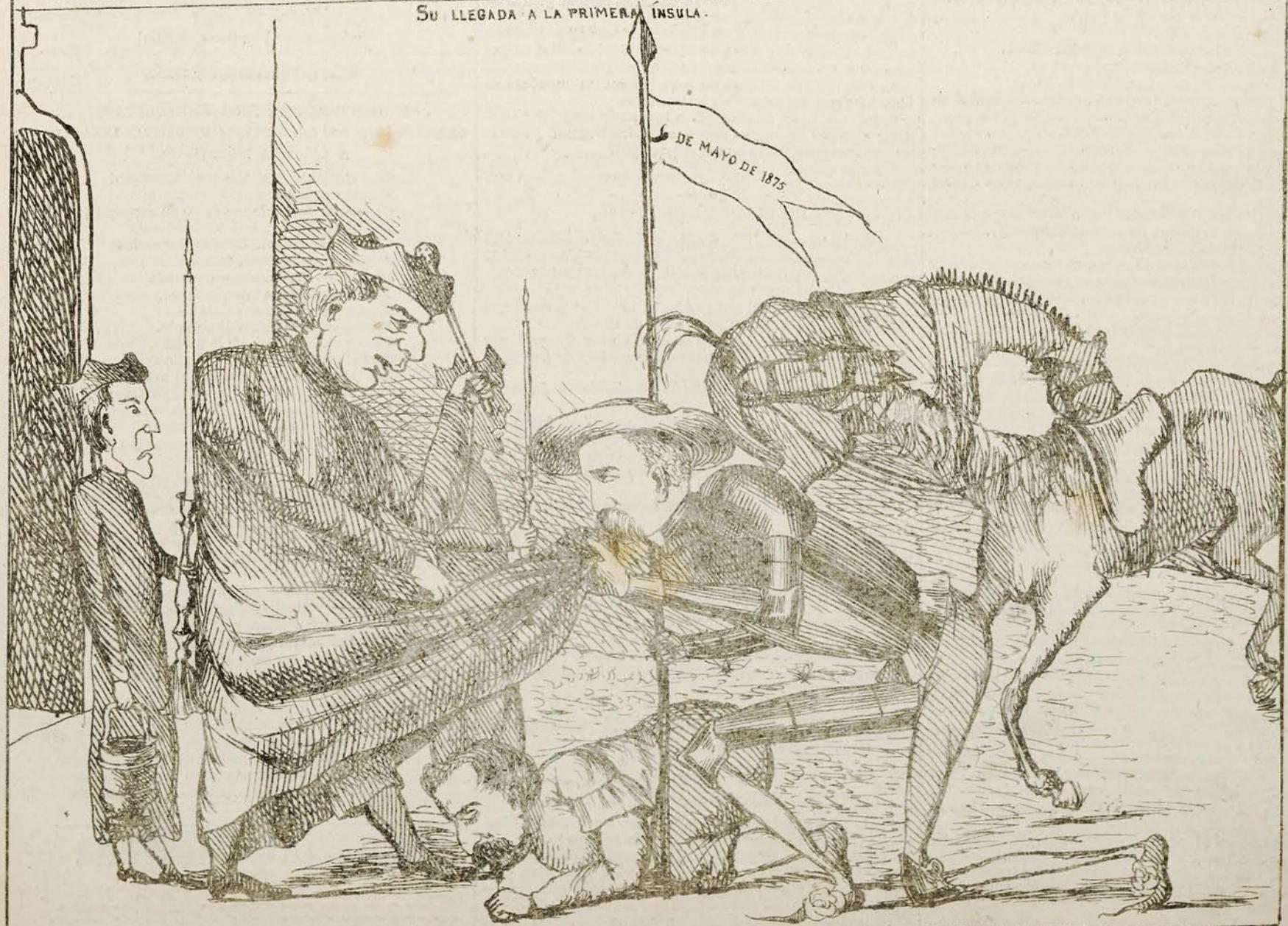
SEGUNDA SALIDA DE DON QUIJOTE.

6 DE MAYO DE 1875.



SU LLEGADA A LA PRIMERA ISLA.

DE MAYO DE 1875



«Cuando el gobierno, faltando a sus deberes i a la fe publica solemnemente empeñada (en qué casa de prendas?), interviene de la manera mas descarada i brutal (desde que interviene entre *brutos*, la intervencion tiene que ser *brutal*), a fin de arrebatar a los pueblos sus mas *caros derechos* (los *derechos* mas *caros* son los que hai que pagar a los curas por bautismos, matrimonios, pases, dispensas i otras gabelas): (dos puntos ¡qué dos puntos!) es *menester, indispensable*, que los hombres de libertad se pongan de pie (¿Uds. de cabeza?), para oponer un dique a los desmanes del poder. (Señor cajista, póngala aquí todos los signos de admiracion que tenga en su cajetin.)

«Cuando en las alturas (en el Santa Lucía, verbigracia), se entroniza el ateísmo (ja, ja, ja, jaaaa!) es preciso que los hombres que tenemos una creencia (no estén con bromas: su única creencia es la de que Uds. viven para comer i beber) querida i respetada, nos pongamos tambien de pie (si no están *cucarros*), para impedir que esa creencia sea atropellada i vilipendiada. (Punto, acápite i un trago para remojar el gasnate.)

«Al Club (a la ramada de Machuca), los ciudadanos de libertad i patriotismo (i buenos *gustadores*), a fin de poner a salvo nuestros derechos (*parroquiales* se dejó el cura en el tintero) tenaz i cobardemente amenazados!! (Dos admiraciones; con tres, en nombre de la Santísima Trinidad, habrían hecho furor los rojo-clericales.)

«Al Club, los católicos, a defender nuestra religion, torpemente amenazada!!» (Al Club, a tomar ponche i carne asada con ensalada!!!!)

—¿I? ¿qué firma viene al pie de esta proclama?

Esta: «Imprenta de *El Independiente*.»

Ta, ta, ta! Por eso, pues! Ya le estaba sintiendo yo a la la proclama un olorecillo a incienso i cera bendita que me hacia estornudar.

En una sala de hospital que haga Ud. leer esta proclama provocará una homérica risotada.

No se puede acumular con mas gracia en una cuartilla de papel mas sandeces i tontunas que las que ha tenido que soportar esta vez la pobre prensa del diario ultramontano.

Pero vamos a mi relación.

Decía, pues, o pensé decir que el sacristán de Renca echóse a andar por aquellos polvorosos callejones con no menos de doscientas proclamas bajo el brazo, con encargo de darlas a cuantos bichos topara en su camino.

No anduve con piés de plomo el sacristán, pues a la media hora se encontraba en la ramada de Machuca dando cuenta del resultado de su cometido a don Francisco.

—¿Cómo te ha ido, hombre?

—Bien, con el favor de Dios.

—¿Todos quedaron de venir?

—Ninguno, señor.

—¿Cómo es eso?

—Lo que le digo no mas, patron.

—A quién se las has dado entonces, badulaque?

—Una me pidió na Goyita.

—¿I qué te dijo?

—Me dijo: ¡qué bueno el papelito para sacar moldes! I yo le di como veinte.

—Bribón!

—No Calistro, el que tiene despacho allí a la vuelta, dejó como la mitad; porque me dijo que le servían para envolver azúcar i yerba.

—Animal! ¡animal!

—Los demás me los quitaron donde don Usebio.

—¿Qué te dijo don Usebio?

—Me dijo: ¡qué buenos los papeleritos para!...

—¡Ufff! ¡Mándale mudar de aquí, pedazo de bruto! es clamó hecho una furia don Francisco.

El sacristán obedeció mas que de prisa.

El venerable Prado Aldunate, trepándose sobre un mesón que bajo la ramada había, convulso de cólera aún, declaró abierta la sesión con los cuarenta santiaguinos i cinco hijos de Renca.

—Pido la palabra, dijo el ciudadano Muñozte, que mas trazas de carníceros tiene que de tribuno del pueblo.

—La tiene, bufó don Francisco.

—Caballeros: Naide dirá que heimos venio a intervenir como el gobierno que está haciendo de las suyas desde Antofagasta hasta Concepcion. Nosotros heimos venio a..... a..... a.....

—A tomar un trago de ponche bien helado, hombre! concluyó uno de la asamblea.

—Eso es, prosiguió Muñozte. Me gustaste, roto. Pásame un trago, don Paachito, a ver si me acuerdo de la loa que me enseñó don Benjamin.

Machuca se apresura a satisfacer los deseos del orador; i éste, despues de haber secado un formidable *granadero* de ponche en leche *arrimado* a nieve, continúa así:

—Repite i vuelvo a decir que el gobierno..... Pero por la grandísima flauta! No se me ha olvidado todo, pues! Don Mateo, pásame un *potrillo*.

Machuca obedeció. Muñoz prosigue:

—Brindemos, señores, por don Benjamin Vicuña Mac- kenna.

Todos responden:

—Sí, brindemos!

El orador baja de la mesa, a que se había subido, en medio de los aplausos de la concurrencia i de los relinchos de los caballos.

Un ciudadano de *ponche* i de *ponche* se trepa a la mesa tribuna, i pide la palabra i se la concede él mismo.

—Pido i tengo la palabra. La he pedido para proponerles la siguiente orden del dia: «No estando los animos de los que componen esta ilustre asamblea en disposicion de politiquear, se da por terminado el meeting i se pasa..... a beber ponche i a comer corderos asados.»

Un prolongado *jurral* recibió esta orden del dia.

Don Francisco Prado Aldunate declaró levantada la sesión, i los asambleistas se fueron cieguecitos a los letitios que Machuca había con anticipacion llenado con ponche en leche.

Entonces empezó lo mejor de la fiesta.

Una hora mas tarde, veinticinco vicuñistas clericales roncaban debajo de las mesas i las bancas. Otras tantas calificaciones habían pasado de los bolsillos de los borrachos a los de don Francisco Prado.

Paz, Garfias i Ipinza no alcanzaron a caer con el ponche de Machuca. Todos tres, una vez que don Mateo les notificó que las ollas estaban boca abajo i que cargó dos o tres

carretadas de ebrios, como no tuvieron vehículo ni cabalgaduras en que volverse a Santiago i como ainda mas sus individuos andaban que caigo, que no caigo, tomaron el partido de irse a *pololear* a la fonda de Berrios. Cosa que meui de buen talante hicieron.

En la fonda *remolieron*, de *bolsa* se entiende, hasta las dos de la mañana, hora en que las cantoras se retiraron a sus casas. Como los *pololos* no tuvieron donde reclinar en toda la villa sus pesadas cabezas, se comidieron a llevarles hasta sus casas los instrumentos a las *artistas*. La galantería de nada les sirvió porque aquéllas, al llegar a sus viviendas, dieron a los galanes con las puertas en los hocicos.

No les quedó, pues, otro recurso, que formar de sus tres cuerpos un nudo i dormir en pleno callejón.

Polvorosos i acatarrados despertaron al venir el alba i tan moldos que no parecía sino que en la noche anterior los hubiesen manteado i molido a mas i mejor.

Cuando, despegados con gran trabajo los párpados, se miraron las caras, esclamaron llenos de indignacion al hallarse en tan negra situación:

—¡Intervencion! ¡intervencion!!

Por esta vez tenían razon. Había habido intervencion. Nada menos que el ponche había intervenido poderosamente.

**

FRIO, FRIO, SEÑOR CRONISTA DE LA «REFORMA.»

En un número de la *Reforma* de la Serena que tengo a la vista, en un hecho de crónica se dice que el autor del artículo que con el título de «La Serena representada en la Convención Pascual» apareció en mi periódico, núm. 31, correspondiente al 25 de diciembre del año pasado, es un señor Ignacio Jiliberto; siendo el caso que yo ni de vista conozco a ese sujeto.

Los datos los recibí yo en una cartita anónima que de la Serena me llegó.

Si el artículo no hubiera sido mio, habría colocado en la sección de «Colaboracion» i no en otro lugar. No me gusta vestirme con plumas ajenas, por mas que éstas sean brillantes i de vistosos colores.

Por esta vez, señor cronista de la *Reforma*, no ha dado Ud. en el blanco. Anda Ud. frio, frio. Dírila su puntería a otra parte, que si dás en el blanco, el verdadero autor del articulito le dirá: caliente, caliente.

**

LA CRUZ.

No deja de tener chispa el siguiente aviso que publica el *Estandarte Católico*:

LA CRUZ.

«Esta excelente revista religiosa de todos los países católicos, dedicada a María Santísima, publicada en Madrid el 19 de cada mes, i que compone al año dos volúmenes de cerca de 800 páginas cada uno de documentos preciosos para todo católico, se suscribe en casa de don Joaquín Monge, calle de la Compañía, núm. 234.»

Los artistas comunmente *dedicaban su función de gracia* a personas pudientes que puedan pagarles caro la *gracia* de haberles dedicado dicha función.

Los redactores de la *Cruz* han picado mas alto. Dedicán su revista religiosa a la misma María Santísima. Así es que esta noble i poderosa señora tendrá que darse su tiempicillo para leer la *Cruz*, después de cuya lectura les mandará su buena remesa a los antedichos redactores.

«Como no se les ha ocurrido a los presbíteros del *Estandarte Católico* dedicar su diario al Padre Eterno! ¿O estan mal los presbíteros con este caballero?

Yo creo que sí.

**

EL CIUDADANO HEVIA.

—¿Cómo ha podido Ud., Grullo, asegurarme que el ciudadano Hevia no continuaria formando en la fila de los siúicos de Talca cuando Ud. no estaba seguro del hecho?

—I quién lo niega?

—¿Cómo, quién lo niega! ¿No ha leido Ud. el párrafo que el diario mercantil de Santiago copia de la *Opinion*?

—Aquel en que se lee que el señor Hevia apoyará con su voto hasta el último momento al candidato de sus aficiones?

—Pues! i como el candidato de las aficiones del señor Hevia es Vicuña.....

—O el que sea cuando él lo declare, como frai Andres lo hacia en mi convento a cada nueva elección de provincial que tuvo la suerte de no salir nunca cola en los capítulos, pues el excelente mocho nunca perdía porque apostaba a la sota cuando le veía asomar las patas.

—De modo que el señor Hevia es por analogía como frai Andres.....

—Hará como frai Andres, apoyará con su voto en el último momento al candidato de sus aficiones que lo será Vicuña, si ántes de ese momento Vicuña no se ha ido sin que lo echen a freir monos a la Aguada; o que lo será Pinto, i de seguro, por estar con él todas las probabilidades del triunfo.

—De modo que ese señor está jugando *ruso* a los vicuñistas?

—Ese ciudadano hace su juego; es *quique viejo* i nadie le aventajó jamas, allá en su tierra, a jugar a los dados brujos.

SEGUNDA EXHIBICION EN ELDORADO DE LOS JOTE-VICUÑISTAS.

Mentiras i barbaridades.

En la falsa i mui falsa reseña que don Benjamin Chicharra hace en el *Ferrocarril* de hoy, en la sección pagada por José Santos Ossa, asegura con el mayor desplante que don Eduardo de la Barra no es un desertor del vicuñismo, porque no se ha ido a campo ninguno i porque se ha retirado por una cuestión personal pero no para engrosar las filas malditas.

Estará acaso seguro el *popular* de que la sección que él redacta en el *Ferrocarril* solo es leída por gente tan estúpida que no conoce el significado de las palabras?

Así, i no de otra manera, pudo ocurrírsele decir que *es* desertor solamente el que abandonando las filas de un partido, pasa a formar en las de otro!

Don Benjamin Vicuña Mackenna, juez, absolvería a todos los desertores de nuestro ejército porque ellos, al desertar de sus cuerpos, no se enrolan casi nunca en otros.

Cuando digo que don Benjamin tiene pasmada la madera!

Don Eduardo de la Barra, segun esta jesuítica doctrina, no ha *desertado* del vicuñismo aun cuando se ha *separado* para siempre de sus filas, porque no ha ingresado a las del gobierno.

No le falta al *popular* sino decir que el señor Eduardo de la Barra es todavía vicuñista de los mas recalcitrantes.

No hace aun dos meses que el pobre don Benjamin lame los piés a los clérigos i ya los supera en descaro i en cinismo!

El discípulo ha aventajado a sus maestros!

Mas adelante don Benjamin, resumiendo la parodia de discurso de don Anacleto, lo hace decir este enorme disparate:

«¿I qué dice esta biografía? (la del señor Pinto hecha por don Manuel Antonio Matta) que el señor Pinto estuvo en el colegio con el señor Matta, que llevó su cama (¿la del señor Pinto o la del señor Matta?) i sus libros, que aprendió sus lecciones i conversaba familiarmente con los colegiales.»

I entre paréntesis dice don Benjamin que hubo *risas prolongadas*.

¡No habia de haberlas! ¿Quién no rie de estilo tan americano i de tan donosas concordancias vizcainas?

O los oradores de Eldorado son unos asnos, o don Benjamin quiere que lo sean.

Pero ¿qué mas puede exigir de ellos? ¿No son sus partidarios? ¿No están probando con esto que descienden en linea recta de la burra de Balaam?

ASISTID, CATÓLICOS, ASISTID!

Lorenzo Robles, el justo, El virtuoso sacerdote,

El que sale siempre a flote, Cuando quiere darse gusto....;

El que ha días exhortó, Para quitarle los votos, A toditos sus devotos

Del llano Subercaseaux; Convoca para mañana

A cuanto hereje o cristiano Viva en el citado llano I tenga de oírle gana.

Predicará este Jaen, Con claro e incisivo tono Sobre el mandamiento nono Que él se lo sabe muy bien.

I citará como ejemplo Un caso en que ha sido actor Cierto siervo del Señor

Que hoy libre e impune contempla. Aunque esté en su perihelio La tierra, ja Subercaseaux!

A escuchar al que fundó La hermandad de San Cornelio!

Colaboracion.

PRODIJOS CLERIGO-VICUÑISTAS.

DEDICADOS A TODOS LOS SOLDADOS VICUÑISTAS ATRACADOS

A LA CAUSA L'BEBALISTA.

Con chauchas clericales i quién creyera!

Repleta el popular su faltriquera;

Chauchas que son producto de sermones;

De misas, de novena i confesiones;